





# SANGRE MÍA



Eduardo Trabucco



SIMPLEMENTE  
EDITORES

© de los textos: Eduardo Trabucco

© De esta edición:

Simplemente Editores SpA  
Príncipe de Gales 5921 oficina 910

Teléfono: 56 2 2752 0057

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual:

ISBN: 978-956-8865-43-6

**Diseño y diagramación:**

Jenny Contente Guazzotti

**Impreso en:**

Donnebaum

Septiembre, 2017

Ch863

T758s Trabucco, Eduardo, 1942-.

Sangre Mía/ Eduardo Trabucco. — 1a. ed. —

Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2017.

184 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-43-6

1. Novela Chilena. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

# SANGRE MÍA



Eduardo Trabucco





*I. Andando en un camino / encontré al aire, / lo saludé y le dije/ con respeto: / me alegro / de que por alguna vez / dejes tu transparencia/ así hablamos.*

Hay noticias que uno nunca quisiera recibir. No se trata de la muerte de un amigo o de un pariente, circunstancia triste, pero normal debido a la acumulación destructiva del tiempo que se hace visible en este siglo pasados los sesenta años. Tampoco es el enterarse de una enfermedad grave que se ensaña con alguien que uno estima pero que, en fin, está dentro de las probabilidades de acuerdo al estado actual de las ciencias y de las plagas. Ni siquiera se trata de recibir tardíamente la noticia de que te traicionaron, hecho funesto aunque expansivo desde que el hombre es hombre y la mujer fue creada. No; no es nada de eso. Es algo distinto, poco común. Conocimiento que se origina como tantas veces sucede en una pregunta que en este caso lleva el sello de un reclamo, brusco, lloroso: “Papá, ¿por qué me ocultaste que tenías otro hijo?”.

La vi a la distancia sentada a la mesa en el restaurante *Liguria*; estaba en la acera que hace las veces de terraza. Era de noche. Sin embargo, la temperatura y la humedad tenue del rocío amortiguadas por quitasoles de lona, permitían permanecer fuera. El ruido de la calle a esas horas molestaba menos que el del bullicio interior. Mientras me acercaba a paso lento ella alzó los brazos para indicarme dónde estaba. La saludé con un beso en la mejilla y me senté a su lado. La encontré ligeramente ansiosa aunque sonriente y bella como solía vérselo. No tardó en decirme lo que le ocurría. Desde pequeña, cuando algo la acongojaba, acudía a mí o a Maribel para desahogarse y escuchar palabras empáticas que la contuvieran. Para eso están los padres, nos recordaría después a menudo. Ahora no esperó ni siquiera que el mozo llegara con la carta. Ella debía decirlo y lo dijo no sin antes murmurar palabras titubeantes y frases sueltas inentendibles.

Me miró a los ojos y espetó en un tono acusatorio y plañidero:

—Papá, ¿por qué ocultaste que tenías otro hijo?

Me quedé mudo por unos segundos; sus ojos me acusaban y esperaban una respuesta.

Un silencio negro se apoderó de mí; una ráfaga de imágenes desordenadas e inconexas azotó mi cabeza. Quedé inmovilizado. Superada la sorpresa dudé y negué. No era la negación del delincuente que rechaza los hechos ante la policía porque no soy un bandido ni mi hija Alejandra una fiscal. Simplemente, no alcanzaba a entender el sentido de la frase. ¿Qué está diciendo? ¿De dónde saca eso? ¿Será cierto? Para mí no lo era. ¿O lo era? Me repuse lentamente de la turbación.

—Yo no te he ocultado nada... a tu madre tampoco; ¿de dónde sacas esto?

Se acercó más a mí, posó su mano ligeramente húmeda y fría sobre la mía y con la convicción de quien tiene una prueba incontrarrestable me aclaró:

—No papá; a pesar de mis dudas no creo que sea un error; no lleva nuestro apellido... pero lo he conocido.

—¿A quién?, ¡a quién!

—A mi hermano.

—¿Es realmente absurdo! Por favor niña...

—¡Ay!, si vieras cómo se asemejan.

—¿Pero qué locura es esta?

—No, no. Es que son iguales, es decir, él es igual a ti. Si lo vieras cómo habla, cómo se mueve, sus gestos, todo, todo.

—Espera. Calmémonos un poco. Hagamos el pedido y seguimos conversando... ¡Mozo, eh, mozo!

Regesé a casa con una sospecha incisiva. Otras heridas punzantes que desde hacía tiempo me rondaban afloraron con fuerza. Muchas incógnitas provenían de la sangre, de ese líquido heredado sin consentimiento que nos baña por dentro, que nos alimenta, nos sostiene, nos enferma o nos mata. De repente todo se da vueltas y el mundo se te invierte. Me ocurrió con el golpe de Estado del 73.

Sospechas persistentes se arrastraban por años sin que yo hiciera un esfuerzo por aclararlas. Mi intuición me decía que mi país no era como yo creía. Tampoco mi familia. Alejandra había detonado el muro abriéndole una grieta. Por allí se deslizó mi mirada sobre otro paisaje y decidí explorarlo. Ahora tenía tiempo. Me habían echado del trabajo. Sin embargo, un precario equilibrio financiero gracias a ediciones esporádicas, a rentas de ahorros previos y a la independencia económica de Maribel, me permitieron darle un impulso a la acción.



Lo peor es vivir en el error, me dije convencido. Yo siempre había deseado tener un hijo hombre. La noticia hizo reverdecer ese interés con un vigor que me asustó. A mis sesenta años esa esperanza vacua se desvanecía en un recuerdo borroso, casi inexistente. Quizás me movía la necesidad inconsciente de ayudar a perpetuar la marca Pizarro, como si este apellido habitual tuviera aún el prestigio del conquistador y estuviese en peligro de extinción como los cóndores. ¿Podía un proyecto fracasado resurgir después de tantos años de espera inútil? Esto retrotraía mi propia historia hacia etapas lejanas. Las vueltas atrás son a veces difíciles de asumir, pensé. Sin embargo, ¿no quería eso?, ¿esclarecer el pasado? Este nuevo borde será más áspero que los demás, porque me concierne directamente, en el sentido de ser yo parte de la causa y no parte del efecto. Mal que mal se trata de mi descendencia. Ahora al pasado se agregaba el presente y el futuro. Unidos golpeaban simultáneamente a mi puerta.

“Es igual a ti. Cómo habla, cómo se mueve, sus gestos, todo”; las palabras de Alejandra rebotaban como sonidos de timbales y se amplificaban por las noches impidiéndome dormir. De nada me sirvió en el *Liguria* argumentar que podía haber en Chile y en el mundo tantas personas parecidas a mí o a cualquiera otra. “Pero pocos tienen la pierna derecha como tú la tienes, papá. Lo vi cuando se acercaba a nosotros en la playa y algo me hizo clic. Fue un movimiento fugaz. Clic, clic. Al mirarlo de cerca reapareció la sombra y al escucharlo, uf, la duda se instaló en mí y, bueno, se me fue metiendo una idea obsesiva y loca en mi cabeza”.

Yo había heredado de mi abuelo paterno una característica ancestral anómala. Mi pierna derecha es ostensiblemente más fina que la izquierda y tiene una forma arqueada. El defecto —que no le impidió a mi abuelo Leocán haber sido un destacado soldado de infantería—, es notorio en mí desde siempre, tanto que mis compañeros en el liceo, al verme en el gimnasio rieron en coro sin disimulo y uno de ellos como bestia depredadora saltó desde el anonimato con un grito que resonó amplificado por los rebotes en las paredes del recinto esa primera vez: “¡Miren huevones, llegó Garrincha a Chile!” “Garrincha, Garrincha”, gritaron todos haciendo reír incluso al profesor y ellos apretándose el estómago destornillados por las carcajadas. El gran futbolista brasileño tenía una de sus piernas como las nuestras. Rara, inocultable. La comparación con Garrincha que pudo haber sido halagadora a esa edad, no lo fue. Yo solo poseía el defecto y no su demoníaco *dribling* que

enloquecía a sus rivales. ¿Podía existir esta vez una pierna así en otro y materializarse en él y en mí una nueva burla del destino? ¿Eran los genes los que reían una vez más o era una simple coincidencia? Insomnio. Otra vuelta sobre la cama, nuevos pensamientos. Todo esto ocurría a pocos meses del reencuentro con Maribel después de una separación de casi tres años. Probablemente ella se dio cuenta de que algo me ocurría, sobre todo en las noches cuando el fantasma me atacaba sin piedad debido a la oscuridad y a la quietud del entorno, pero nada decía. Tampoco yo me atrevía a contarle lo que me estaba sucediendo. Temía que un nuevo conflicto pudiera ponernos nuevamente en situación de ruptura. Alejandra coincidía en que era prematuro comentar cualquier cosa sobre el asunto. Decidimos guardar el secreto hasta que las condiciones estuvieran maduras para develar la verdad si es que existía. Tenía que investigar. Era mi obligación. Curioso que todo se junte ahora. ¿Será un signo de algo importante la necesidad de echar luces sobre la ascendencia y la descendencia al mismo tiempo?

*II. Vi la luz de la noche / racionada, / la gran luz en la casa / de los ricos. / Todo es aurora en los / nuevos jardines suspendidos, / todo es oscuridad/ en la terrible / sombra del callejón.*

Enfilé hacia el sur a medio día. La autopista Central borboteaba con el sol y el peso de las cargas. Hacía meses que no visitaba la antigua casona ubicada a pocos metros de la Plaza de Armas de San Bernardo. Intocada, resistía la presión de las inmobiliarias por llenar la tierra de hormigón y de vidrio, derribando árboles, aplastando flores, transformando en polvo el ladrillo y el adobe, arrancando ventanas y puertas de fierro forjado. Mi abuelo paterno Leocán Pizarro la compró en los años veinte. A su muerte en los setenta precipitada tal vez por el desaparecimiento de Isabel Ríos, su esposa— , la ocupó Francisco, hermano de mi padre, junto a Inés Orozco, su mujer, y a Mailen, la empleada.

El encuentro con Francisco se pospuso en varias ocasiones. Al principio pensé que él evitaba la cita; quizás no quiera hablar del pasado ni del presente ni de nada. Aunque los viejos insisten en recordar episodios que les han quedado pegados en alguna parte de la cabeza o en el corazón, o tal vez en el estómago o en el sexo. Nunca es tarde para expiar o para exorcizar. Al verlo me convencí de que la causa de la postergación continua tenía fundamento y era real. Su salud empezaba a jugarle malas pasadas hacía solo un mes que había regresado a casa luego de una larga estadía en el Hospital Militar de Santiago, como me había dicho Inés al teléfono. Detuve el *Citröen* frente al portón y me anuncié.

—¿Quién?

—Soy yo.

—¿Y quién es yo, pues?

—Mailen, ¿No reconoces mi voz?; soy Leonardo, el sobrino del caballero.

—Te abro.

Recordé que ese era uno de los temas que quería abordar. No acababa de entender la razón de por qué parte de mi familia paterna tenía una cierta obsesión con el pueblo mapuche.

—Cuéntame, ¿cómo está?, —pregunté mientras seguía a Mailen por el largo pasillo cuyo suelo de madera replicaba el sonido que producían sus gruesos zapatos.

—¿Don Francisco?

—Sí, él.

—Recuperándose. Es fuerte y se resiste a... Espera aquí — sentenció y me acomodó en el gran salón, lleno de muebles antiguos, de cuadros y esculturas, de platería y de jarrones, donde de niño me estuvo prohibido entrar y permanecer, a menos que estuviera acompañado de un adulto.

—¿Quieres un té?

—No gracias, estoy bien así.

—Entonces voy a avisar que llegaste.

Mailen Lincoqueo desapareció con paso ágil; el taconeo la siguió a otros espacios. Desde que se instaló en la casona, en los sesenta, se le veía silenciosa deambulando entre las piezas, el corredor, el patio y la cocina, cubierta por un delantal blanco o azul, según las circunstancias. Siempre estaba haciendo algo. Cumpliendo pedidos, cocinando, lavando, planchando, llevando bandejas de allá para acá, ejecutando órdenes o dándolas a sus ayudantas ocasionales. Pocos momentos destellantes —creía yo—, alumbraban su vida. La monotonía soplaba sobre ella con insistencia. Nada la alteraba aparentemente. Poco se sabía de su vida que no fuera lo que ocurría en las horas, días, años y décadas de trajín circular en los límites del inmueble o sus alrededores. Se comentaba que aún era virgen, pues ni hombres ni hijos emergieron de la bruma que la cubría. Ella no hablaba de esas cosas ni de nada casi. Su intimidad era un enigma. Su familia la constituían las personas a las que servía, o más precisamente sus parientes eran de hecho, los que habían vivido allí por un período largo. Yo no la consideraba como parte de la familia, pero la estimaba. Más bien le tenía cariño y lástima, debo reconocer. Me cuesta concebir que alguien pueda perder su independencia de manera tan radical y no haya hecho ningún esfuerzo por conquistarla. Nunca afloraron en Mailen signos que mostrasen descontento o rebeldía. “Quizás no haya querido o podido vivir de otra manera”, como afirmó mi madre una vez. ¿Habrá sido ese su deseo? Para muchos la falta de libertad puede ser placentera. No deben decidir, no se esfuerzan por asumir responsabilidades. Incluso esto opera para aquellos que se encuentran en las peores condiciones de vida; y “hay también quienes creen que la opción de no ser libre pudiendo serlo, es otra forma legítima de ejercer la libertad”, como le escuché decir a mi padre en unas de esas conversaciones familiares domingueras.

Al salir del salón Mailen dejó colgado en el aire un efluvio ácido que competía con las partículas olfativas pegadas a los muebles, a las cortinas,

a las alfombras. La vi de nuevo de espaldas sobre la cama, desnuda, sudorosa, tocándose los muslos y los senos. Yo tenía doce o trece años de edad. Todavía podía escuchar sus gritos ahogados que aumentaron —entonces— mi inédita calentura. Sonreí al recordar ese episodio que reaparecía al sentir el mismo olor que emanó de aquel cuarto cercano, llenándome de escalofríos y remordimientos. Este episodio estaba aún en mí junto a tantos otros recuerdos más importantes definitivamente olvidados. Tal vez por eso. Por lo impreciso, por lo inconcluso.

¿Querrá Francisco remover el pasado? Toqué suavemente la mesita de caoba donde Isabel, mi abuela paterna, dejaba enfriar su infaltable taza de té inglés que bebía por las tardes, vigilando a su padre Ricardo Ríos, postrado en una silla de ruedas. Esa imagen me ha acompañado toda mi vida, al igual que el trato distante y seco que siempre observé de mi abuela hacia mi bisabuelo, un abogado que no dejaba de llevar en una de sus manos el código penal. ¿Por qué ese trato frío como si fuera un cadáver viviente? Rumores horrendos y borrosos se repetían cada lustro sin que nadie en la familia se atreviera a preguntar y nadie a clarificarlos.

A los pocos minutos Mailen regresó: “Listo. Te llevo donde está el patrón”, me dijo.

Recorrimos la balaustrada iluminada por el sol de la mañana cuyos rayos atravesaban los ventanales del corredor sin entorpecer la vista hacia el jardín. “Te va a recibir en el dormitorio”, escuché que me decía Mailen doblando la cabeza. Recordé cuando en ese corredor mi hermano Filiberto un año y meses mayor que yo, a la semana siguiente de haber recibido la imagen del cuerpo desnudo de Mailen y mientras le contaba mi experiencia, había estrellado su cabeza en una de las ventanas semi abiertas hiriéndose de gravedad. Los médicos descubrieron que el infortunado no veía bien y que por esa razón no había esquivado el obstáculo. Filiberto perdió la visión del ojo bueno y su vida tomó irremediablemente el camino de los discapacitados. Pensé que el accidente había tenido por causa la distracción y turbamiento que le produjo mi confesión y sentí culpa por muchos años.

Al cruzar la puerta del dormitorio de Francisco la luz y los olores cambiaron. Me enceguécí por unos segundos y tosí. Avancé lentamente hacia el fondo y la voz cavernosa de mi tío me llegó con nitidez:

— Pasa hijo, siéntate. ¿Cómo estás? Meses que no venías a visitarme, pero no te diré ingrato.

—He sabido de usted por Inés. Yo estoy bien, es usted quien ha estado malito. Me contó que...